



Conversación (una) en dos tiempos:
mujeres, feminismos,
géneros y generaciones.

Yira Carmiña Lazala-Silva Hernández

PHD en sociología y antropología del desarrollo.

Nohema Hernández Guevara

Psicóloga, Magister en Psicología Comunitaria.

Presentación

Esta es una conversación reflexiva que entreteje las voces de dos mujeres de diferentes generaciones. Para dar un orden a esta construcción dialógica que busca pensar en clave intergeneracional las maneras en que los feminismos han atravesado nuestras vidas, reflexionamos en torno a preguntas conjuntamente formuladas y luego re-elaboramos las ideas volviendo a escucharnos, lo cual requirió grabar, transcribir y reordenar.

Las autoras somos madre e hija y celebramos el valor y alegría de serlo, y de poder conversar entre nosotras de lo que hoy nos es común. Sin embargo, este escrito no es un testimonio sobre el vínculo construido por ya más de tres décadas, vínculo siempre amoroso-idealizador, pleno de continuidades-discontinuidades, siempre conflictivo-diferenciador. Nos centramos más bien en lo que ha significado y aportado el feminismo a nuestras vidas de mujeres, en los cambios que ha producido en ellas, y en los debates y sesgos del pensamiento y acción feminista que nos han impactado, vistos con ojos intergeneracionales.

La conversación

Conversar es “versar-con”. Escogimos esta forma para ir a las memorias, narrar, analizar, controvertir, acordar. Las conversaciones son dinámicas, fluidas, con destiemplos, idas y venidas, silencios y explosiones de palabras e ideas. Conversar sobre los feminismos entre dos mujeres de distintas generaciones,

conlleva el desafío de ir más allá de lo puramente testimonial para acudir a experiencias y memorias, algunas específicas, algunas compartidas.

Acordamos en primer lugar que en esta conversación mujeres y feminismos no son sinónimos. Partimos de reconocer que ni todas las mujeres son feministas por ser mujeres, ni el feminismo es solamente para las mujeres. Las preguntas y desafíos de los feminismos alcanzan al conjunto social y al universo simbólico de la cultura patriarcal. Tampoco puede singularizarse “el feminismo” en el sentido de ser representado como pensamiento único, homogéneo, ni en su amplísima producción teórica, ni en su accionar político; es entonces también obligado pluralizar, hablar de “los feminismos”.

Las preguntas

Lo que han aportado los feminismos a nuestras vidas

H.- El feminismo, en mi caso, es parte de un legado familiar que en algún punto de mi vida tuve que optar por tomar o dejar. Legado de ideales que circulaban en mi entorno desde muy niña y que fui escuchando por ahí, en los círculos a los que tú (mi mamá) pertenecías. En algún momento tuve que decidir si me identificaba o no con esas luchas, y pues decidí que sí porque sentía que me aportaban posibilidades para ser más libre, a pesar de que vivía en un contexto en el que supuestamente ya habíamos ganado igualdad de derechos. Aun así, seguía sintiendo que por ser mujer tenía menos posibilidades de lograr ciertas cosas que los hombres, y que las presiones persistían en

términos de lo que se entendía como ser una mujer deseable; presión que nos hace estar expuestas y que nos hace vulnerables a la explotación del mercado, a problemas emocionales, inseguridades, y complejos de inferioridad interiorizados.

Todo eso lo viví muy fuerte en mi propia adolescencia, pero no solamente yo sino como experiencia de generación. Muchas mujeres de clase media urbana, mestizas, de mi edad, a pesar de que éramos hijas de la llamada “liberación femenina”, experimentábamos que ser mujeres implicaba una serie de malestares bien grandes y fuertes, pero que no eran solamente individuales sino colectivos y compartidos. Eso fue lo que me llevó a aceptar ese legado, sentir que yo misma no estaba libre de cosas que me producían tanto malestar, y a muchas mujeres de mi edad con las que interactuaba, también atravesadas por un montón de dolores ligados a la mercantilización de la “liberación”. Paradójicamente, los discursos de liberación de las mujeres se volvían también una forma de explotarnos en el consumo, la liberación del deseo se convertía ahora en un imperativo de belleza explotado por productos, marcas, intervenciones estéticas y esto en el marco de una sociedad cada vez más globalizada donde se estandarizaron todos estos ideales de belleza y donde el empoderamiento de las mujeres se tradujo en el mercado por un nuevo deber ser que aunaba ser mujer libre con ciertas formas de consumo, deseante pero con ciertas características físicas, de raza incluso. El blanqueamiento y demás seguía siendo el ideal femenino de belleza representado en los medios, en novelas, canciones, en casi todas las artistas de la cultura pop de los 90 a las que estaba expuesta como adolescente de la clase media urbana.

Entonces, me llamaba la atención que la ganancia de derechos formales no se traducían necesariamente en bienestar sino que se convertían en formas de cooptación del mercado, y a través de esa cooptación en nuevas formas de sufrimiento. Obviamente,

la inferiorización estaba también en la participación política, incluso en el mercado laboral, y estas cosas que no se han logrado aún me hicieron identificarme plenamente con esas luchas, no solamente porque las había visto y escuchado sino porque seguían teniendo efectos, consecuencias concretas en mi propia vida. El feminismo me ha servido para darme cuenta de que las fuerzas del mercado global son tales que pueden cooptar los discursos para ponerlos de nuevo en contra nuestra.

“Nuevos” discursos y nuevas narrativas para hacernos creer que la solución es consumir tal o cual producto, siempre con el trasfondo de que nunca vas a alcanzar el ideal. Es muy paradójico. Todas esas historias de tu generación que dejaban muchas cosas por lograr todavía, y cómo la fuerza de la cooptación pone ese mismo discurso de la liberación en contra nuestra.

El feminismo fue un referente para entender la construcción de los afectos de otra manera: desidealizar la familia nuclear heterosexual, las relaciones de pareja, la maternidad misma; y también, más recientemente, para cuestionar la forma de relacionarse con lo no humano, con la tierra, el territorio, el ambiente, que son cosas que el feminismo permite entender de una manera muchísimo más holística.

El feminismo me ha permitido comprender que esta estructura de la sociedad patriarcal y capitalista nos lleva a un mundo donde la vida no es sostenible. Para mí el feminismo es una apuesta para que la vida sea sostenible y sin ninguna clase de discriminación, lo que también genera hoy una nueva forma de entender lo que pueden ser las emancipaciones del futuro, en una tierra en crisis que no es solamente crisis de la vida humana sino de la vida misma.

Con todo eso podemos lograr un horizonte de emancipación donde la vida sea posible, no solamente la de la humanidad. El feminismo me permite entender muchísimo mejor cómo la modernidad, el

capitalismo y la visión patriarcal subvaloran, explotan o matan todo lo que no se parece a sus ideales que, al fin y al cabo, son ideales que están produciendo la muerte.

M.- Pensaba, escuchándote, que tendría que hablar de tantas cosas... Voy a tratar de hacerlo desde una perspectiva histórica, temporal y personal. ¿Cómo fue mi acercamiento al feminismo? En realidad yo llegué al feminismo por pura casualidad. Como antecedente, había escuchado ocasionalmente hablar de feminismo a Florence Thomas, quien fue mi maestra en la facultad de psicología, y a quien hago un gran reconocimiento por su incidencia y por ser pionera visible del feminismo en nuestro país. Escuché hablar de feminismo desde la década de los 70s pero no me decía nada directamente, pero casi mediados los años 80s una amiga me contó, con una nota de prensa, que se había creado una organización llamada Casa de la mujer en Bogotá, que parecía interesante y que estaba invitando a los llamados, en ese momento, “Talleres de salud y sexualidad femenina”. Así llegamos.

H.- ¿Con el libro “Nuestros cuerpos, nuestras vidas” que le dio la vuelta el mundo? M.- Sí, exacto, el referente era un libro escrito por las mujeres de Boston.

H.- Tiene traducciones a más de setenta idiomas, eso fue todo un movimiento.

M.- Sí. Las reflexiones y prácticas de los primeros talleres de salud y sexualidad femenina, en la Casa de la mujer estaban inspiradas en el Colectivo de las mujeres de Boston, norteamericanas. Su libro había sido traducido al español y publicado con relatos, metodologías, ilustraciones y desmitificaciones -en el mejor de los sentidos- sistematizando experiencias que el colectivo había desarrollado desde los años 70s, no sé bien desde cuándo. Ese libro y esa experiencia del taller fueron todo un descubrimiento de entender y desmitificar en palabras sencillas y di-

rectas ideas erróneas, muy en boga en mi juventud, sobre la salud sexual y reproductiva de las mujeres.

H.- Es interesante eso del libro porque recuerdo que una de las primeras cosas que me mostraste, hechas por feministas, fue ese libro. Creo que fue cuando comencé a menstruar, en la preadolescencia, y para mí también fue todo un descubrimiento por las descripciones que hacen ahí. Con ese libro tenemos una relación intergeneracional importante, que tal vez las jóvenes feministas de las generaciones actuales no tengan tan presente.

M.- Sí, todavía lo conservo, todavía está en mi biblioteca. Curiosamente, veinteañera recién graduada y experimentando grandes cambios en mi existencia, me encontré con esa posibilidad de acercarme a la Casa de la mujer de Bogotá que estaba también recién fundada (unos dos años antes). Voy al taller de la Casa de la mujer y me encuentro con prácticas pedagógicas absolutamente inéditas para mí. Yo había sido educada básicamente en colegios de religiosas que, si bien académicamente me habían dejado algunas cosas interesantes, como mujer me habían sumergido en el discurso absolutamente tradicional de la feminidad y la masculinidad. No quiero desvalorizar en su globalidad la educación en los colegios de religiosas, de hecho había algunas muy libertarias. Pero lo cierto era que, con respecto a feminidad y masculinidad, sí tenían absoluto pensamiento tradicional.

Trato de decir, contando esto, que “la feminista no nace, se hace”, la feminista se va construyendo desde la resistencia crítica a ciertos discursos sobre la feminidad que en la juventud vamos descubriendo como insuficientes, francamente falsos o pueriles, recortados, negadores, faltos de humanidad. Ser feminista requiere el ejercicio de pensarse como mujer, recuperar la experiencia corporal fracturada en su dimensión existencial al tratar de cumplir con demandas sociales de género múltiples, extremadamente

contradictorias y limitantes: “no tanto”, “no tan poco”, “ni tan frío ni tan caliente”.

Tampoco era muy consciente de lo que socialmente significaba ser mujer y de cómo ello iba a incidir en términos de mi futuro. El feminismo me aportó en ganar consciencia paulatina de ese destino social, sus significados y de rutas para transformarlo en alguna medida.

Esto de que las feministas no nacen sino que se hacen, fue para mí toda una lección de vida. Recién graduada del pregrado, tenía también muchas inquietudes sobre la práctica de la psicología. Había estudiado una disciplina donde, si había sujeto psíquico parecía no tener género, y casi ni sexo. Lo femenino, en las pocas teorías que lo nombraban, estaba siempre asociado a lo materno, principalmente a unas madres siempre culpables de errores de malcrianza patologizadores de hijos e hijas; o siempre histéricas, como las mujeres freudianas. Aun así, esas ausencias en la teorización abrían un espacio para preguntas que se convirtieron luego en muy importantes para crear formas de acercamiento distintas y nuevas comprensiones en torno a la salud mental de las mujeres, ya no en términos de patologías, sino de malestares psíquicos muy arraigados en la cultura tradicional de géneros.

Entonces, el feminismo me aportó mucho como persona-mujer, como profesional, y también como ciudadana. La interiorización de ser sujeto de derechos aparece natural para las jóvenes de hoy, pero la historia de las mujeres nacidas después de la mitad del siglo pasado estaba marcada por ser una generación de transición. Una situación bastante complicada porque, si bien amábamos a nuestras madres, no queríamos ni podíamos parecernos a ellas en sus formas de vivir. Amas de casa, centradas en las labores domésticas y de cuidado, que habían renunciado a sus trabajos para casarse, aisladas de la vida política, subordinadas al sostén económico de sus maridos. Ellas no comprendían nuestros cambios

en un país que también cambiaba, y nosotras no teníamos muchos referentes de cómo ser mujeres requeridas por exigencias distintas: ser profesionales, ganar autonomía económica, trabajar fuera de casa, aportar económicamente a la construcción de familia, ejercer el derecho al voto, tomar decisiones en la vida familiar y, al tiempo, cumplir con el rol conyugal-maternal esperado en sumisión, obediencia, domesticidad, cuidado de la prole, y todo junto, ¡era muy conflictivo y agotador!

El feminismo aportó también a la conciencia de ser ciudadanas y sujetos de derechos. Comprensiones más integrales sobre las violencias contra las mujeres, violencias privadas y públicas, y el derecho a una vida libre de violencias. También sobre el conflicto sociopolítico del país, la tramitación de conflictos de maneras no violentas, el derecho a la paz. Es decir, los feminismos no piensan y actúan exclusivamente para las mujeres aunque, por supuesto priorizan, sus voces, las visibilizan, pero las piensa en contextos de país, de clase, de conjunto social, de momento histórico; comprensión de las violencias en sus hilos conductores entre escenarios públicos y privados.

Otros aportes centrales de los feminismos se relacionan con la comprensión de la maternidad como opción y con una función social. Perspectivas que han contribuido a hacer de la experiencia de ser madre algo mucho más gratificante. Maternidad y paternidad, en el mejor de los sentidos, es el mejor “laboratorio” para poner a prueba muchos discursos, para ayudar a crecer y cultivar hombres y mujeres “nuevos”. En la maternidad prima la vida misma, en el sentido de ese laboratorio de nuevas formas de crianza no basadas en la humillación, los golpes, el sometimiento o la degradación, como era frecuente en otros tiempos.

Educar hijas que interioricen una feminidad no cimentada exclusivamente en el dolor, la culpa y la vulnerabilidad -cual protagonista de telenovelas latinoamericana- para ganar humanamente en existencias relativamente más gratificantes, es un reto.

También educar hijos varones. Y esto no es asunto solamente de madres, implica también labores de paternaje. El carácter de maternidad optada y con función social, proveniente del feminismo, redimensiona esa experiencia para las nuevas generaciones también en términos de sus efectos, que no impactan solamente la vida privada-familiar sino también la vida colectiva en la medida de la calidad humana y ciudadana de las personas que educas.

Retos del presente

H: Ahora hay nuevos retos también, que son interesantes. Surge la necesidad, la urgencia, de pensar la crisis ambiental y de la naturaleza ligada a las luchas por la emancipación, lo cual en la anterior generación no era tan claro. Cómo hacer esas conexiones entre la lucha contra el patriarcado y la lucha por la sostenibilidad de la vida en sentido amplio; ese es un nuevo reto que tenemos y es supremamente importante porque no hay feminismos sin planeta, no hay ningún movimiento social si no hay planeta y obviamente la devastación ecológica afecta primero a los grupos sociales más excluidos y marginados, entre ellos las mujeres, tanto en el ámbito urbano como en la ruralidad.

También las nuevas tecnologías. Feminismos acordes con estas nuevas formas de relacionarse que surgen a través de lo digital, que también trae sus nuevas violencias, sus nuevas soledades, sus nuevos malestares y demás, y también nuevas formas de exclusión que se dan a partir de lo digital, de acceso o no a estas tecnologías de la comunicación. También cómo poner lo digital al servicio de las mujeres, reconociendo que son saberes muy excluyentes por la masculinización de los campos de la tecnología y la ciencia; como los feminismos pueden reflexionar sobre la producción de estas nuevas tecnologías digitales y pensarlas al servicio del fin del patriarcado.

Todo esto de la data, del procesamiento de estadísticas y demás, el impacto que tienen las redes

sociales sobre la democracia misma, sobre la información que circula desde una perspectiva de los intereses de las mujeres y los cuerpos feminizados, me parece que es fundamental, que son cosas que las feministas pioneras no tuvieron tiempo de pensar y nos toca pensarlo ahora a nosotras.

También sigue siendo un cambio fuerte, de lo no binario del sexo-género a pensar unas teorías de género que no solamente reafirmen el ser mujer u hombre sino, justamente, ir más allá de estos binarismos; el reconocimiento de las personas que quieren vivir su vida fuera de estas categorías, que sigue siendo algo muy difícil para ciertos sectores, incluso del feminismo radical. Hay que reconocer que uno de los aportes del feminismo ha sido problematizar la categoría mujer y que es ahí donde actualmente surgen un montón de desencuentros entre diferentes sectores.

Es muy importante tener la posibilidad de vivir la vida más allá de los estereotipos de género históricamente construidos; es la experiencia de vida de muchas personas, pero también una posibilidad liberadora para no pensar el mundo en términos binarios sino en espectros, en matices, en cosas que no tienen que ser A o B sino que también pueden transitar, lo cual es parte fundamental de las posibilidades de libertad y tienen relación con el resto de la naturaleza, con cómo nos relacionamos con lo natural sin tratar de categorizar o encarcelar en estas formas modernas de pensamiento que todo lo quieren poner en jerarquías, taxonomías y jerarquías. Cómo generar pensamiento que no sea binario porque no nos ha llevado a una vida sostenible, probablemente nos ha dado comodidades a ciertos sectores sociales, pero a la gran mayoría los ha dejado igual de empobrecidos o más, y ha puesto en riesgo la sostenibilidad misma de la vida.

M.- Los retos que has mencionados son muy centrales, dicen de preocupaciones e intereses de los y las jóvenes, pero también desde mi óptica generacional

dicen de los cambios en los significados de la vida misma, los paradigmas, las epistemologías para comprenderla, las formas de conocer el mundo y de priorizar otras-nuevas formas de conocer y contenidos de ese conocimiento. Las urgencias por el cuidado del planeta no son efecto solamente del largo camino depredador recorrido por la humanidad y de la evidencia de su degradación, son también efecto del pensamiento binario-jerarquizador que entendió la naturaleza como aquello a someter, subordinar, explotar, al igual que a las mujeres, sus cuerpos, sus fuerzas reproductivas y su trabajo.

Es fundamental y un gran reto de la cultura desestructurar binarismos. Bajo ese esquema se sometieron y justificaron explotación y genocidio coloniales y no coloniales de millones de seres humanos a fin de satisfacer intereses económicos y de acumulación intensa de capitales. Quienes socialmente hablando están en condición de subordinación, experimentan además el desprecio por estar allí, desvalorización, desconsideración y escaso prestigio social. Carga ética, e incluso estética, demasiado fuerte, destino social de humillación y menosprecio de unos seres humanos hacia otros prolongada durante milenios en esta cultura patriarcal, guerrerista y depredadora.

Estamos preguntándonos por retos del presente para las jóvenes y todo lo que has señalado es muy valioso, respetable y lo comparto. Observo cambios muy importantes en la valoración de nuestros cuerpos, en la preeminencia casi absoluta de la imagen y lo estético, la tendencia a la “descorporización” del erotismo y la sexualidad, incluso de la maternidad.

Observo también cierto nivel de desencuentro. Veo mucha soledad, muchas mujeres jóvenes en gran soledad afectiva y erótica, con gran dificultad para construir relaciones satisfactorias; observo también, especialmente en sectores medios y altos, una hiper individualización, jóvenes que no soportan a otros u otras cuando de negociar formas de convivencia se trata.

De la misma manera observo escenarios de mayor variedad, de mayor oferta en todo, en términos de lo que se suele llamar “estilos de vida”, pero francamente no sé y no lo creo si esta variedad es mayor libertad. Las mujeres, en general, y teniendo en cuenta las desigualdades habladas, tenemos una mejor calidad material de vida que hace un siglo pero la violencia contra las mujeres en los escenarios privados-domésticos sigue estando ahí, como se ha vivido durante esta pandemia, se mantiene, sí, pero hay ganancias en la generalizada reacción social de rechazo hacia ellas, hay mayor sensibilidad social de mujeres y hombres sobre su ilegitimidad, con mucha más claridad que cuando yo era joven.

Cambio y reto fundamental son las ganancias en conciencia de ser sujeto de derechos. La mayor parte de las mujeres hoy en día, aunque les cueste trabajo defenderlos, sabe que tiene derechos, que tiene derecho a la educación, a una vida libre de violencias, que tiene derechos sexuales y reproductivos y por tanto sobre su sexualidad y su reproductividad, a decir “no” así sea a la pareja; considero esa conciencia muy, muy importante.

En términos de desestructurar dualismos y de lo construido alrededor de la ética feminista y de la ética del cuidado hay resultados muy valiosos, importantísimos, que se han relevado durante la pandemia. Las teorías del cuidado, de la ética del cuidado, nacen del feminismo; de mujeres psicólogas feministas que confrontaron el pensamiento del desarrollo ético y moral hecho por varones de la disciplina y que siempre situaban a las mujeres en condición de inferioridad moral en referencia a la ética de la justicia, masculina, y al valor social del proveedor ocupado por los varones.

Cambios y retos que, como diría Nancy Fraser, anuncian lugares posibles como el “proveedor universal” y el “cuidador universal”. Es decir, de acuerdo con necesidades y pactos en el contexto familiar, con sus correlatos en leyes y políticas públicas, cualquiera

de los progenitores puede cuidar su progeñe. De la misma manera, cualquiera puede constituirse en proveedora o proveedor, si así lo desea y le es posible. Las licencias de maternidad pueden ser también de paternidad o compartidas.

En el campo de la vejez, de las mujeres viejas, de las mayores, a mi juicio, los feminismos tienen todavía mucho por decir, por aprender y también por proponer y llevar a la práctica. Esta sociedad y su modelo económico consumista idolatra y delira la eterna juventud y es demasiado dura con las viejas y viejos. Hay muchos silencios, muchos olvidos, poca propuesta.

H.- Hablando de viejas y vejez, indudablemente hay una relación directa con la forma de entender el modelo de producción, pero también con la misma valoración de la vida, la sobrevaloración de lo productivo y de lo joven como productivo. En otras culturas, por ejemplo de pueblos indígenas o afrocolombianos, las mayores, la ancestralidad, es la columna vertebral de pervivencia de la cultura. Tiene mucho que ver con comunidades que valoran los ciclos de vida y muerte, lo que es sostenible, lo que va y viene, lo que no es fragmentación infinita de lo desechable y de fecha de vencimiento de su productividad, sino que se trata de ciclos de vida en donde todo está conectado. En ese sentido, la actitud hacia viejas y viejos tiene que ver con la crisis ambiental, pero también con la crisis del cuidado, con la crisis de sostenibilidad de la vida, al fin y al cabo, con esa idea de la linealidad del tiempo, del progreso.

M.- El tema de las viejas me conduce a unas reflexiones finales sobre retos del feminismo y feminidad oficiosa. Para mi generación, ser mujer significa estar haciendo algo siempre, “tener oficio”, ser oficiosa. Su contracara, el terreno del ocio “creativo”, prácticamente no se piensa en nuestros países, sigue siendo pecado aunque estemos viejas tener vidas más gratas, descansadas, de disfrute del arte, simplemente de no hacer nada, de viajar, leer, en fin, de

actividades placenteras que en sociedades tan violentas con las y los jóvenes, pues en este campo son igual para mujeres y hombres viejos.

Tensiones

M.- En términos de *desaciertos*, me sorprende cuando escucho a mujeres de nuevas generaciones (algunas), desconocer o demeritar lo construido por mujeres pioneras del feminismo en Colombia. Causa inquietud e interrogantes relativos al sentido de por qué las mujeres tenemos tanta dificultad para reconocer a las otras, a lo que otras han aportado; lo cual no implica dejar de innovar, ser críticas o tener nuevas perspectivas, incluso, construir feminismos diferentes.

Feminismos diferentes como el decolonial, por ejemplo, o el de los movimientos de mujeres afro sustentados en la fuerza de la categoría interseccionalidad. Los cuestionamientos del feminismo decolonial a los discursos de los feminismos en las décadas de los años 80's y 90's del s. XX y a que bebían principalmente en fuentes teóricas y prácticas de mujeres norteamericanas y europeas, es legítimo. Sin embargo, desconoce también que aprendimos mucho de y con otras mujeres latinoamericanas, en particular, en el campo de la psicología fue muy iluminador el pensamiento de Eva Giberti y Mabel Burín, y en general de muchas colegas argentinas, que trabajaron en el campo del género y la salud mental de las mujeres.

Malestares psíquicos creados por la cultura de géneros, no enfermedades. Malestares que se pueden tramitar sin individualizar, privatizar, naturalizar y/o patologizar, sino elaborando y resignificando individual y colectivamente la relación entre esas vivencias de malestar, las construcciones subjetivas y la crítica a la cultura de género y a sus raíces androcéntricas en la disciplina psicológica.

H.- También hay que hablar de privilegios, ¿no? Quienes pudieron acercarse como pioneras del feminismo partían de unos privilegios de clase y de

capital cultural, de acceso a la educación y a ciertos saberes producidos en el Norte Global, y tenían unas prioridades de cambio social pensadas justamente desde esa posición particular. Claro, abrieron caminos, pero esa apertura fue limitada en términos de las situaciones de vida concretas de muchas mujeres que no tenían esos privilegios de clase o que pertenecían a pueblos racializados que enfrentan situaciones radicales de opresión y es de ahí donde vienen ciertos resentimientos o rencores. Se visibilizaron algunas problemáticas, pero no todas y no necesariamente las de quienes eran más oprimidas, más socialmente excluidas o marginadas.

M.- Hablando desde el lugar y tiempo de la década de los años 80's hacia adelante (en Colombia), y una experiencia de trabajo en una ONG feminista, los "nudos" tienen que ver con varios hilos. El campo de los movimientos sociales, el tránsito del movimiento social feminista y de mujeres, de la teoría y el pequeño grupo, hacia la institucionalización, la política pública, la academia y los macro escenarios internacionales y nacionales. Aquí las cosas se ponen más complejas porque es la época en que la categoría "género" toma gran impulso dentro de la teoría de las ciencias sociales pero sobre todo en el accionar en los escenarios antes nombrados.

Gran *dilema* para los feminismos que incluyó, por supuesto, tanto a escala internacional como nacional, la llamada "ongización" de los movimientos sociales, la creación de ONGs feministas, para el caso, financiadas con recursos de la cooperación internacional principalmente europea. Y, más adelante en el tiempo, el dilema del tránsito del pensamiento feminista a la praxis en el Estado. Aun así, las ONG feministas en Colombia, muchas de ellas, hacían permanentemente trabajo barrial, y también con mujeres de otras regiones, ciudades y pueblos, en los medios de comunicación.

Esta cuestión de los privilegios y las privilegiadas tiene sus matices. Las tensiones actualmente no las veo

entre feministas y mujeres de sectores populares; las veo y he presenciado los debates de algunas beligerantes mujeres jóvenes integrantes de colectivas feministas (como se les nombra ahora) con feministas a las que llaman con un poco de dureza "históricas". Muchos reclamos suelen hacerse hacia feministas las "históricas", desde el estereotipo de heterosexuales, clases medias y altas, excluyentes y subordinadoras de las mujeres pobres.

En contraste, recuerdo el *Colectivo de Mujeres de Bogotá*, que se reunía semanalmente durante los años 80's y 90's del siglo anterior. En él participaban tanto mujeres trabajadoras sindicalizadas, como mujeres de izquierda, mujeres liberales, mujeres de partidos políticos populares, mujeres que se reivindicaban como "feministas de sectores populares", mujeres de ONGs, mujeres que hacían trabajo en educación con metodologías feministas, mujeres de organizaciones campesinas, mujeres de organizaciones afrodescendientes, feministas autónomas, mujeres de la academia, entre otras...

H.- ¡Pero eso no quitaba que hubiera una diferencia de clase! Y generó resentimiento en algunos sectores de mujeres que se sintieron objeto de enriquecimiento de cierta clase social de mujeres en función de esta relación "pedagógica" y del famoso "empoderamiento" de las que "empoderan" a las "no empoderadas".

M.- Pues se daban muchos tipos de relaciones. La verdad, principalmente en la década de los 80s, la sensación predominante era de "encuentros entre mujeres", diferentes en orígenes regionales, trayectorias en el movimiento, clase social, y capital cultural, eso era cierto. Pero el encuentro presuponia en las otras y en una misma, fortalezas, potencias y no solamente victimizaciones o precariedades. Las otras siempre tenían algo para aportar, enseñar, decir. Muchas mujeres de los barrios después lideraron procesos y experiencias tan importantes y significativas como la "Ruta Pacífica de las Mujeres" que se

configuró inicialmente en el Colectivo de Mujeres de Bogotá y luego tuvo alcance nacional. También se comenzaron a crear “Casas de la Mujer” en muchos barrios y localidades de la ciudad. Pero en este país siempre hay demasiadas cuestiones para transformar y mejorar, y no es tan fácil ni se cuenta con tantas personas dispuestas a ello, feministas o no.

De otra parte, un gran nudo, a mi juicio aún no resuelto, es el de la articulación de las diferencias para la acción política de los feminismos. Articular, por ejemplo, las diversidades de géneros y orientaciones sexuales y sus reivindicaciones a un movimiento amplio.

Las tensiones con las mujeres que hoy se nombra como *etnorracializadas*, como las pertenecientes a etnias indígenas o afrocolombianas no se sienten reconocidas del todo en los discursos feministas de los años 70's a 90's. Sin embargo, en esas décadas ya había organizaciones de mujeres afro e indígenas que abrieron camino a sus propias reivindicaciones. Son tensiones no resueltas que tienen como trasfondo la *política de la diferencia*. ¿Hasta dónde llevar las especificidades etnorraciales, etarias o de orientaciones sexuales y cómo construir alianzas en movimientos sociales y políticos? En ese sentido, veo muy poco norte ético-político en términos de feminismos y construcción de democracia, la cual, la democracia no es solamente de géneros o de feminismos, por supuesto.

H.- Sobre todo que también integren las *múltiples diferencias y desigualdades que hay entre las mujeres* y que *explícite esos privilegios* que tienen algunas...

M.- Sí, también teniendo en cuenta muy importantes aportes de los feminismos al pensamiento político contemporáneo, como que las relaciones desiguales e inequitativas de poder y la subordinación no permean solo género - clase - etnia, la llamada triología, sino que está también en las vidas cotidianas, en lo que aparece como más íntimo.

H.- Pero no es lo mismo ser una mujer de clase media o privilegiada en Bogotá que una indígena o una mujer afrocolombiana, claramente no están en el mismo lugar. Las mujeres afrocolombianas, por ejemplo, dicen que no se puede comparar en ningún sentido lo que vive una mujer negra en una población del Pacífico y quien la “atiende”, mujeres que tienen salario, que igual delegan su trabajo de cuidado a otras mujeres pobres, ¿cómo va a hablarse de que hay ahí una misma opresión?

M.- No la misma, pero sí igualmente subordinadas, con subordinaciones sociales múltiples y que se experimentan de maneras distintas... Las mujeres, desde el punto de vista de los múltiples lugares de la subordinación: social, económica, cultural, etnorracial..., no somos iguales, por supuesto. Sin embargo, los lugares de la subordinación guardan cierto nivel de analogía, se parecen bastante en su dinámica de base y, por tanto, políticamente es deseable construir en la diferencia algunos propósitos y lenguaje común.

Desde sus inicios, los feminismos han contado con corrientes que respondieron la gran pregunta por cómo se han construido históricamente las relaciones de poder, jerárquicas y de opresión entre hombres y mujeres, privilegiando en su respuesta la división social-sexual del trabajo. Consideraban que esa división del trabajo y sus simbólicos era la fuente de *todas* las subordinaciones. Se prolonga en cierta medida en compresiones más contemporáneas del papel del trabajo doméstico y de cuidado.

H.- En todo caso, las críticas dicen que el feminismo solo ha beneficiado a mujeres blancas, clase media, y para el resto muy pocos beneficios se han visto. Que muchas mujeres se han convertido en objeto del quehacer profesional de aquellas que han logrado obtener trabajos en el Estado o en organismos internacionales, mientras ellas siguen igual de jodidas o peor.

M.- Eso puede ser extremadamente simplificador. Para controvertir un argumento así de contundente

no es suficiente decir “sí” o “no”, pero sí es necesario matizar. Por ejemplo, si tú y yo, diferentes generaciones de mujeres, tenemos en común que ambas pudimos asistir a la universidad perteneciendo a sectores medios de este país, ¿a quién se lo debemos? En gran parte, al pensamiento feminista. El sobre-énfasis en lo que diferencia corta, interrumpe la comprensión del pensamiento y acción feministas como flujo, como oleadas.

H.- Sí, claro, pero eso somos nosotras, no todas las mujeres...

M.- En este país las desigualdades de todo tipo son tan hondas y las inequidades y brechas tan profundas como las que impactan las vidas de las mujeres rurales en Colombia -respecto a las mujeres urbanas- gravemente afectadas por el conflicto armado. Aun así, sin el feminismo la vida de las mujeres no sería mejor en ningún lugar del planeta, y por eso considero que sigue siendo válido. Paradójicamente, el pensamiento feminista sobre la diferencia, aunque tiene ciertos efectos de distanciamiento, también ha abierto el camino hacia el reconocimiento efectivo de esas diferencias entre mujeres y al desarrollo de acciones para mejorar sus condiciones de vida y bienestar de la mayoría.

H.- Quizás, hay allí una diferencia intergeneracional. Hoy hay un debate grandísimo con respecto a “lo *trans*”, si todas las personas trans pueden ser sujetos del feminismo o solamente quienes tienen cuerpo de mujer... En el feminismo actual es intenso el debate sobre prácticas transexcluyentes o transfóbicas.

M.- En términos teóricos y de praxis política, ayudaría más a las tareas emancipatorias mirar más lo que une que lo que separa y encuentro demasiado intenso el énfasis en las diferencias, lo cual no significa desconsiderar reclamos de fondo absolutamente legítimos respecto a la frecuente -e indeseada- instrumentalización de las mujeres por parte de instituciones del Estado, organizaciones internacionales, ONGs,

academia; pero aplicar esta práctica instrumentalizadora a los feminismos lo considero equívoco.

H.- Las indígenas, en algunos casos, resienten más que al patriarcado, al racismo de algunos feminismos.

M.- Entonces, es otra cosa: no es un resentimiento contra los feminismos o las feministas, sino contra la institucionalización del feminismo y la “tecnicalización” del género y sus desarrollos en las ciencias sociales y en política pública.

H.- Volviendo a las jóvenes y a los retos, sigue vigente el campo de las violencias, violencias y acoso sexual en las universidades, nuevas violencias que emergen en el mundo virtual, realidades que no se han podido transformar del todo... También cuestiones que van más allá del hecho de ser mujer: cuál es la sociedad que va a heredar la juventud en un mundo donde hay precariedad total en todo: precariedad laboral, emocional, ambiental.

El modelo económico que tenemos deja a la juventud en una total incertidumbre de futuro. Eso incluye a las mujeres, cada vez más precarizadas, más empobrecidas, con menos seguridades en todo sentido y lo que eso genera en afectación de salud mental de las jóvenes con niveles altísimos de ansiedad, depresión, mal vivires, agudizado durante la pandemia. Son retos que trascienden los feminismos, afectan a todas las personas en sentidos particulares: tenemos muchas libertades en términos formales pero no hemos encontrado un modelo de buen vivir colectivo que nos permita estar mejor. Es algo supremamente paradójico porque las libertades alcanzadas han sido importantes, pero no cubren todas las necesidades colectivas e individuales. Gran dilema: tenemos derechos (al menos en términos formales), podemos ser quienes queremos, pero en lo que requerimos construir colectivamente ¿dónde estamos? La respuesta es muy incierta.

M.- Interrogarse sobre este panorama es, nuevamente, volver la mirada a la praxis política, para la cual es indispensable una estrategia de *alianzas* transformadora del mundo y sus diversas relaciones. Los feminismos nunca se han reivindicado como panacea ni a las mujeres como “sujeto privilegiado” de la transformación social general. Los feminismos y las mujeres, siempre sobre exigidas de responder a todo, podemos caer en la trampa del “totalismo” de los discursos omnicomprensivos, o en ideales de perfeccionismo inexistente que minimiza y desvaloriza lo que sí se ha logrado transformar.

Alianzas para transformar el vivir de maneras no violentas, no matando, no asumiendo que el contradictor tiene que ser físicamente eliminado para que el cambio social sea posible. El feminismo le aportó enormemente a la teoría política cuestiones como la justicia social bivalente (de redistribución y de reconocimiento), la política del reconocimiento, cómo transformar el mundo resignificando relaciones y prácticas en los escenarios públicos pero también en los privados; el *agonismo* como simbólico del contradictor y no el antagonista a eliminar.

Ahora, es necesario diferenciar lo que se institucionaliza y sus costos, porque las mujeres de un país no son todas feministas, ni siquiera la mayoría. ¿Qué se institucionaliza: los feminismos? ¿Se trata de la “tecnicalización” e instrumentalización de la categoría género y la perspectiva de género?, si bien se relacionan directamente, no son lo mismo feminismos.

Se trata también de agudizar la mirada autocrítica, de entender por qué para algunas mujeres y comunidades las contradicciones y hostilidades principales se dirigen hacia otras mujeres (lo cual no significa renunciar al ejercicio de la crítica) y no a la cultura patriarcal.

H.- El conflicto no es que el patriarcado no exista, sino que algunas mujeres priorizan la sobrevivencia comunitaria por sobre sus contradicciones de género porque, al fin y al cabo, ellas dependen de la sobrevivencia de sus comunidades, y si estas se acaban entonces su propia vida también. En términos de las amenazas reales que ellas viven, justamente ligadas al conflicto, al modelo económico y demás, las sobrellevan a través de la comunidad. En esa medida no les resulta estratégico poner el énfasis en lo que está mal dentro de la comunidad porque tratan es de sobrevivir colectivamente frente a otras amenazas de extinción, de exterminación, que están viviendo.

M.- Esas lógicas de exterminación y de muerte hacen parte central de la cultura patriarcal, como lo ha demostrado Rita Laura Segato con las mil maneras en que las mujeres se ven obligadas a participar de todas las economías, legales e ilegales. Las feministas aportan al entendimiento de la lucha actual por la sobrevivencia de pueblos indígenas y culturas diversas y también a entender y resistir a esas lógicas del guerrero, del exterminio. El punto de encuentro está en construir toda una serie de circuitos, de redes de protección y cuidado, y también de modificar significados asociados a la guerra y los señores de la guerra que invaden también los cuerpos de las mujeres.

Para cerrar, en mirada intergeneracional recalamos que dada la multiplicidad de las crisis del presente, resulta más necesario que nunca volver la mirada a la praxis política, a la posibilidad de construir *alianzas* transformadoras, incluyendo a lo no humano en ellas, sin caer en “totalismos”, ni en discursos que se pretendan omnicomprensivos.

Bogotá, Septiembre de 2021